

**“El fariseo y el publicano:
dos tipos de adoración y alabanza” (Lc.18:9-17)**

Sal. 5; Gn. 4:1-15; 2 Ti. 4:6-8, 16-18; Lc. 18:9-17

Hohenau,
Cap. Miranda,
Jesús.

Introducción

¿Cómo nos presentamos delante de Dios? ¿Qué actitudes, gestos, posturas, y sobre todo que actitud del corazón tenemos delante de Dios? Esa pregunta es respondida en la parábola del fariseo y del publicano. Se trata de dos personajes típicos del Nuevo Testamento. Es decir, son personajes que representan dos posturas, dos actitudes delante de Dios, una falsa, la otra verdadera.

El fariseo

9 A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: 10 Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. 11 El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; 12 ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. (Lc. 18:9-12).

Jesucristo cuenta esta parábola a personas *que confiaban en sí mismos como justos*. Podemos notar entonces que la parábola del fariseo y del publicano tiene la función de “espejo”, de demostrar y revelar el pecado nuestro de “la auto-adoración y la auto-glorificación”. La misma viene revestida con un manto de piedad externa, muy bonita, muy piadosa, pero que en el fondo, en realidad, nada tiene que ver con la fe cristiana. Los fariseos, en su propio concepto o idea de justicia, se veían a sí mismos como justos delante de Dios, y como resultado *menospreciaban a los demás*.

La auto-adoración y la auto-glorificación de la persona, es una idolatría espiritual que, en general, se ha metido en la iglesia cristiana. Personas que, creyendo adorar a Dios y alabar su nombre, en realidad se están auto-adorando y auto-alabando. Esta herejía encubierta, se ha filtrado poco a poco en derredor nuestro, y ya pocos son los que la detectan, de tan infiltrada que está. De esta manera, ya son pocos los que ven como centro del culto a Dios, su Palabra y Sacramentos. En cambio, han cambiado el verdadero culto cristiano, por tradiciones y mandamientos de hombres.

Costumbres falsas, abusos de poder, falsos pastores a los que nadie llamó, la idolatría del dinero metida en las iglesias, escándalos de abusos sexuales, maltrato en la familia, violencia contra la mujer, e incontables aberraciones más, todo ello cubierto con el más puro y refinado mando de piedad. Como decía el fariseo: *Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano*.

Sin embargo, Jesús revela y demuestra la auto-adoración y auto-glorificación del fariseo, al decir poco antes: *El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera*. En realidad, el fariseo no oraba a Dios sino consigo mismo. No alababa a Dios, no era una conversación con Dios. Él se hablaba a sí mismo. Estaba usando el nombre de Dios en vano, como descubre el Segundo Mandamiento: *“No tomarás el nombre de Dios en vano”*. Auto-adoración, auto-glorificación, auto-exaltación. Este es el pecado, este es el problema que Cristo detecta y condena, por tratarse de una fe falsa y un culto falso, semejante a la ofrenda de Caín, que no le agradó a Dios (Gn. 4:5).

Esta clase de adoración y de alabanza falsa se entremete entre las iglesias, buscando adeptos. Pero una cosa es segura: Dios la condena, no importa cómo se vista. Estimado cristiano, ten por seguro esto: donde la Palabra de Dios se predica correctamente, en forma de ley y de evangelio; donde los sacramentos del Bautismo y de la Santa Cena son administrados conforme a la institución de Cristo; donde hay pastores y maestros debidamente llamados por la iglesia cristiana; donde hay cristianos que invocan la Santa Trinidad, confiesen su fe con el Credo y oran el Padrenuestro; allí está la verdadera, única y santa iglesia de Cristo, que cuenta con la verdadera adoración y alabanza. No te dejes persuadir por el aire de santidad externa de los fariseos y legalistas de hoy.

El publicano

Pasemos ahora al publicano: *13 Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador*.

El publicano representa al ser humano humillado y arrepentido delante de Dios. Reconoce que no tiene nada para ofrecer a Dios. Es más, reconoce que no es digno de estar delante de la presencia santa de Dios. Reconoce que es un pecador perdido y condenado. El publicano hace

una confesión de pecados, sincera, verdadera, de corazón. Y esta oración de confesión de pecados es breve, no es larga como la del fariseo. Esta confesión es hecha mirando al suelo, no al cielo, como reconociendo que es polvo, un ser mortal, y que un día al polvo volverá. Reconoce que la cercanía de la muerte le rodea continuamente, y que el diablo está ahí acechándole, buscando la ocasión para hacerle caer. Y *se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador.*

La adoración correcta comienza por reconocer nuestros pecados a Dios, con sincera contrición del corazón. La adoración correcta no comienza dándole algo a Dios, o presentándole algo como si quisiera buscar un favor de Dios. En realidad, la adoración correcta a Dios, pasa por reconocer primeramente que yo, pobre y miserable pecador, no tengo nada para ofrecerle, excepto mis pecados: *Sé propicio a mí, pecador.*

Es como si dijera: Ten piedad de mí, Señor; conforme a la grandeza de tu misericordia, perdona mi falta de justicia, perdóname porque estoy desnudo delante de ti, carente de toda ropa de piedad y santidad. Estoy avergonzado, y esta culpa dentro de mí, no me deja descansar. Señor, mi Dios, ayúdame: *Sé propicio a mí, pecador.*

Y Jesús, ¿qué responde? ¿A qué conclusión llega? Dice: *14 Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.* El publicano, *descendió a su casa justificado.* Volvió a su hogar perdonado, por la fe, la fe que confía en que Dios era capaz de perdonarle. ¿Y por qué Dios es capaz de perdonarle? Ciertamente no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por la misericordia de Dios, quien nos salvó, mediante el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo (el Bautismo), el cual derramó abundantemente en nosotros por causa de Jesucristo, nuestro Señor, quien murió por nuestros pecados; para que declarados justos por su gracia, viniésemos a ser, como hijos suyos en Cristo, herederos del reino de los cielos, conforme a la esperanza que tenemos en Él de la vida eterna. Palabra fiel es esta. (Tito 3:4-8a).

Los niños, los bebés recién nacidos, como nacen de padres pecadores, también necesitan la regeneración, y ser declarados justos por la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios. El Espíritu Santo toma los méritos de Cristo obtenidos por su muerte y resurrección, y a través del santo Bautismo desciende y entrega los dones de perdón, vida y salvación al niño, para que él también regrese a su casa justificado, al igual que el publicano. No hay mayor señal de la gracia divina que el Bautismo de infantes. Por eso, quien está contra el Bautismo de los niños, se pone contra el evangelio mismo, se opone a Cristo mismo. Se opone a la verdadera adoración, que comienza por presentándose uno como pecador, para de luego recibir el perdón de los pecados, y siguiendo así una vida nueva, la vida de arrepentimiento diario.

Por lo tanto, debemos concientizar a los padres que se llaman de cristianos, que oponerse al Bautismo de sus propios hijos es luchar contra Dios, es negar el reino de los cielos a sus hijos, es oposición a Cristo y su evangelio, y es no entender que adoración a Dios comienza por recibir de Él su perdón. Los niños nacen en pecado por ser de padres pecadores, y también necesitan el perdón del pecado.

Conclusión

El reino de los cielos, no es para los que se auto-adoran y auto-alaban. En cambio, el reino de los cielos es para los publicanos arrepentidos, y es también para los niños. *Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios.* Amén.